

Mariposa

Una polilla decidió casarse. Naturalmente, quería tomar por esposa a una florecilla bonita.

Miró a su alrededor: las flores permanecían quietas sobre sus tallos, como corresponde a señoritas aún no prometidas. Pero elegir resultaba terriblemente difícil, pues había demasiadas creciendo allí.

A la polilla se le cansó el cavilar y revoloteó hacia una margarita de campo. Los franceses la llaman Margarita y aseguran que sabe adivinar el futuro, y en verdad sabe adivinarlo. Los enamorados la toman y arrancan pétalo tras pétalo, murmurando: «¿Me quiere? ¿No me quiere?» o algo por el estilo. Cada uno pregunta en su lengua materna. Así pues, la polilla también se dirigió a la margarita, pero no arrancó los pétalos, sino que los besó a todos, considerando que siempre es mejor conquistar con caricias.

—¡Madre Margarita, margarita de campo! —dijo ella—. ¡Tú sabes adivinar el futuro! Indícame entonces cuál es mi destinada. ¡Así podré pedir su mano de inmediato!

Pero la margarita guardó silencio; se había ofendido. Era una doncella y, de pronto, la habían llamado «madre». ¿Qué les parecería eso a ustedes?

La polilla preguntó una vez más, luego otra, y seguía sin haber respuesta. Esto le aburrió y voló directamente a pedir la mano de alguna.

Era principios de primavera. Por todas partes florecían campanillas de invierno y crocos.

—No están mal —dijo la polilla—, son señoritas lindas. Solo que... ¡demasiado verdosas!

La polilla, como todos los jóvenes, buscaba doncellas algo mayores.

Luego examinó a otras y concluyó que las anémonas eran un poco amargas, las violetas algo sentimentales, los tulipanes unas presumidas, los narcisos demasiado sencillos, las flores del tilo pequeñas y con una parentela inmensa, y las flores del manzano, aunque casi como rosas, eran efímeras: bastaba un soplo de viento para que desaparecieran. ¿Valía la pena casarse con ellas? El guisante ornamental le gustó más que ninguna: blanco y rosado, realmente sangre con leche, delicado, elegante, y además no haría el ridículo ni en la cocina. La polilla ya estaba a punto

de pedir su mano cuando, de repente, vio junto a él una vaina con una flor marchita.

—¿Quién es esa? —preguntó.

—Mi hermanita —respondió el guisante.

—Entonces, ¿tú también serás así?

La polilla se asustó y salió volando de allí.

Sobre la cerca se asomaba toda una multitud de flores de madre selva. Pero esas señoritas, con sus caras alargadas y amarillentas, no le gustaban en absoluto. Bueno, ¿qué era lo que sí le gustaba? ¡Quién sabe!

Pasó la primavera, pasó el verano, llegó el otoño, y la polilla no había avanzado ni un paso en su pretendido matrimonio. Aparecieron nuevas flores con lujosos atavíos, ¿pero de qué servía? Un corazón que envejece empieza a añorar cada vez más la fresca primavera, el aroma vivificante de la juventud. ¿Acaso iba a buscar eso entre los crisantemos y las malvas reales del otoño? Así que la polilla voló hacia la menta rizada.

—En ella no hay flores especiales; es toda ella una fragante floración continua. ¡A ella tomaré por esposa!

Y pidió su mano.

Pero la menta ni siquiera movió una hojita y solo dijo:

—Amistad, y nada más. Ambos somos viejos. Podemos seguir siendo amigos, pero ¿casarnos? ... No, ¡qué tontería casarse en la vejez!

Así quedó la polilla sin nada. Había sido demasiado exigente, y eso no está bien. Quedó, pues, como un viejo solterón.

Pronto llegó el mal tiempo, con lluvia y escarcha. Se levantó un viento frío. Un temblor recorría los viejos sauces, que crujían. No era agradable pasear con vestido de verano bajo ese viento. Pero la polilla ni siquiera paseaba. De algún modo logró colarse en una habitación donde había una estufa encendida y hacía calor como en verano. Podría haber vivido allí tranquilamente. ¡Pero qué vida era esa!

—¡Necesito sol, libertad y хотя бы la florecilla más pequeña! —dijo la polilla, echó a volar y chocó contra el cristal de la ventana.

Allí la vieron, se entusiasmaron con ella, la atravesaron con un alfiler y la colocaron en una cajita junto con otras rarezas. No podían hacer nada más por ella.

—Ahora estoy clavada en un tallito, igual que las flores —dijo la polilla—. No es especialmente agradable. Pero, en cierto modo, es como si me hubiera casado: también uno queda firmemente sujeto.

Con esto se consolaba.

—¡Mal consuelo! —dijeron las flores de interior.

«Bueno, no hay que fiarse mucho de las flores de interior —pensó la polilla—. Ellas tratan demasiado de cerca con los humanos».